

## IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

JORDÁ, F. y BLÁZQUEZ, J. M. — *Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad*. Madrid, Alhambra, 1978, 358 pp., 41 láms. y 61 figuras.

Es el primer volumen de la serie de siete que compondrán la *Historia del Arte Hispánico* editada por Alhambra. La primera parte dedicada al Arte de la Edad de Piedra (pp. 1-198) se debe al profesor F. Jordá. La segunda estudia el arte orientalizante, fenicio y cartaginés de la Edad de los Metales (pp. 201-358) y es obra del profesor J. M. Blázquez. Ambos autores son de sobra conocidos y su competencia en esta parcela de la historia del arte y de la arqueología está avallada por numerosas publicaciones, estudios monográficos y trabajos de campo, algunos de los cuales figuran en la bibliografía general al final del libro. Baste recordar entre los más recientes la *Guía de las cuevas prehistóricas asturianas* de F. Jordá, Salinas 1976, y el *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid 1975, e *Imagen y Mito. Estudio sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid 1977, de J. M. Blázquez.

Si bien los descubrimientos de esta primera etapa del arte hispánico no se pueden comparar con los restos monumentales de las grandes culturas del Antiguo Oriente que paralelamente han ido desvelándose en las sucesivas misiones arqueológicas, desde que en 1879 se llevó a cabo el descubrimiento del primer yacimiento de arte rupestre paleolítico, la cueva de Altamira, hasta el presente «los hallazgos de restos artísticos se han sucedido y multiplicado en cuevas, dólmenes, lastras, huesos, piedras, etc. de tal forma que nuestra Península parece ser como una zona privilegiada en razón de la gran cantidad, variedad y calidad de sus yacimientos y obras de arte» (p. 6). De esta afirmación dan cumplida cuenta la primera parte del libro y las variadísimas ilustraciones de las 41 láminas. Un filólogo acostumbrado a valorar hasta los detalles más insignificantes en la transmisión de un texto escrito no puede menos de admirar esta labor de rastreo de nuestro pasado que tan brillantemente ha realizado en tiempos recientes la escuela de nuestros arqueólogos.

Jordá describe en la introducción los orígenes del arte, la interrelación entre el arte prehistórico y el medio geográfico en que se desarrolla, las principales etapas representadas por el Arte Cuaternario o Paleolítico de los pueblos cazadores y la que se extiende del Neolítico a la Edad del Hierro o arte de los pueblos agricultores, ganaderos y metalúrgicos. En cada uno de estos grandes apartados se analizan las características culturales, la temática artística de las diversas etapas, la materia prima y las técnicas empleadas en la obra artística, los yacimientos y su repartición geográfica, el desarrollo cronológico a través de los principales ciclos. La pintura rupestre esquemática y levantina (láms. XXXIV, XXXV y XXXVII-XXXIX) nos acercan a un área de la cultura en la que la expresión artística y la comunicación lingüística se dan la mano; pensemos en los orígenes de la escritura pictográfica o incluso en algunas de las modalidades de la escritura jeroglífica o silábica. Pese a la dificultad de interpretación me parecen de alto interés cultural y religioso los ídolos del Eneolítico y de la Edad del Bronce (láms. XXX y XXXI),

los antropomorfos, oculados, fálicos (en p. 122 debe leerse lám. XXXI en vez de XXI) y los ídolos-placa.

La segunda parte del libro está dedicada a lo que suele llamarse «cultura tartésica», desarrollada en el sur de la Península Ibérica desde el año 1100 a. C. en que los habitantes de Tiro fundan Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, hasta finales del siglo VI d. C., «una cultura orientalizante, gemela de la de Grecia y Cartago, contemporánea de la de Etruria» (p. 201), pero que no abandona sus propias características. Esta cultura es el resultado de la colonización por parte de los habitantes de Oriente Próximo y Grecia de gran parte del sur de la Península en busca de los metales ibéricos. Los pueblos colonizadores aportan sus divinidades, sus ritos y sus técnicas artísticas que después serán imitados por los indígenas. Entre los hallazgos de estilo orientalizante y temática netamente semita cabe destacar el bronce que representa a la diosa fenicia Astarté entronizada (fig. 1), diosa de la fecundidad en el panteón cananeo a la que alude con frecuencia la Biblia, datable en torno al siglo VIII a. C. y encontrada en el cerro de El Carambolo (Sevilla). Otro bronce de Astarté del siglo VI fue hallado en Cástulo (Jaén, fig. 2). El bocado de caballo del siglo IV a. C. que se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla y que representa una divinidad de la fecundidad con el peinado de Hator y diadema sobre la frente (fig. 3), reproduce un tema que se repite en un marfil del fuerte de Salmanasar en Nimrud fechado en la segunda mitad del siglo VIII a. C.

Junto a estas imágenes de divinidades, carros votivos o los llamados bronceos oretanos (Jaén), el arte fenicio y tartésico ofrece un variado espectro de broches de cinturón, jarros globulares y con cabeza de animales, calderos de bronce y cuencos, pebeteros, orfebrería, etc. Dentro de la orfebrería sobresalen por su riqueza artística las joyas de La Aliseda (Cáceres, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid) y el tesoro de El Carambolo (Sevilla), así como otros marfiles, esculturas de alabastro y cerámica (los fenicios son quienes introducen en Occidente el torno del alfarero y la pintura sobre los vasos).

En la primera parte del libro los dos grandes bloques del arte ibérico se distribuyen en el área cantábrica y en la esfera mediterránea. En esta segunda parte Blázquez estudia por separado cuatro grandes zonas artísticas: Lusitania, pueblos del centro de la Meseta, pueblos del Sur e Ibiza. En cada uno de estos apartados recoge las principales noticias dispersas que transmiten las fuentes antiguas sobre las peculiaridades de estos pueblos de la Península, sus costumbres, su religión, y a la luz de éstas interpreta los abundantes restos arqueológicos de cada zona consistentes principalmente en joyas, armas, esculturas y algo de pintura y arquitectura. Es obligado mencionar la obra cumbre de la escultura turdetana, la Dama de Baza (fig. 56), de la primera mitad del siglo IV, tallada en un bloque de 800 kilogramos de peso, probable representación de la diosa Tanit. Un foco artístico de primer orden en este período fue Ibiza, colonizada por Cartago a mediados del siglo VII a. C. con su yacimiento más importante en la necrópolis de Puig des Molins. Varios escarabeos conservados en el Museo Arqueológico Nacional dan prueba de la temática iconográfica fenicia y oriental. Entre las múltiples y variadas terracotas hay que destacar la llamada Dama de Ibiza (fig. 58), del siglo IV-III a. C., con vestido floral. Como índice de esta procedencia oriental en la ornamentación está el hecho de que la mejor ilustración y comentario a los vestidos y joyas de las terracotas ibicenses sean dos pasajes de los profetas (*Ez.* 16, 17-18 e *Is.* 3, 17-24).

En fin, hemos aludido a algunos de los rasgos más representativos de la historia del arte hispánico en este período. Pero con ellos no se agota la abigarrada documentación expuesta en la monografía que reseñamos. Ahí quedan un sinfín de datos reunidos sistemáticamente, algunos susceptibles de interpretaciones distintas, otros pendientes de que nuevos hallazgos suministren el eslabón que faltaba para su correcta inserción cronológica y artística. Lo que sí podemos afirmar es que el mejor conocimiento de nuestras raíces y nuestro pasado cultural y artístico pasa necesariamente por esta ardua tarea de recogida de todos los datos a nuestro alcance y una ordenación sistemática de los mismos tal como lo encontramos magistralmente realizado en esta monografía. Puesto que cualquier dato por insignificante que nos parezca puede ayudarnos a descifrar e interpretar nuestros propios orígenes, el pasado y presente de los pueblos hispánicos.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

RAMIN, J. — *Mythologie et Géographie*. Collection d'études mythologiques. Hors série. Paris, «Les Belles Lettres», 1979, 141 pp.

Este pequeño libro se inicia con una introducción del autor en que expone las directrices que van a predominar en su estudio. Básicamente pretende tratar los mitos griegos, pero no de forma general, sino limitándose sólo a aquellos que fueron evolucionando al ritmo de los descubrimientos geográficos de este pueblo.

La obra se divide en dos grandes apartados: el primero recoge una serie de mitos que se relacionan con la concepción griega del universo; el segundo trata algunos relatos de expediciones lejanas, de viajes míticos. En el primer grupo estudia tanto mitos que representan nociones puramente geográficas, así, por ejemplo, los de Océano y Atlas, como de la localización de una serie de pueblos de existencia mítica o real, tal es el caso de los Hiperbóreos, Etiópes, Pigmeos; localización ésta relacionada también con los descubrimientos geográficos, pues fue variando según éstos se producían.

El segundo grupo, como he dicho, trata una serie de viajes o expediciones míticas, como los de Jasón, los de Hércules en busca de las manzanas de las Hespérides y de los toros de Gerión, y el de Ulises, presentando todos ellos ciertos caracteres comunes.

El planteamiento inicial de la obra es, desde luego, sumamente interesante. El ver la interrelación de la mitología y la geografía, el estudiar los mitos a la luz de la revolución de los conocimientos geográficos griegos es una vía de investigación sumamente atrayente y que puede resultar esclarecedora en muchos aspectos. Es conocido de todos cómo el pueblo griego fue transponiendo cada vez hacia zonas más occidentales muchos de sus relatos míticos; avanzando así la localización de los mismos a medida que avanzaban sus navegaciones y descubrimientos geográficos.

También es interesante el hecho de que el autor quiera basar su análisis fundamentalmente sobre los testimonios de autores antiguos. Pero, a mi parecer, el trabajo resulta algo pobre e incompleto. Se echa de menos una bibliografía actualizada sobre la temática tratada en el libro.

La obra se limita a recoger los testimonios que sobre la localización geográfica de ciertos mitos nos proporcionan las fuentes antiguas, y en este sentido la obra presentada puede resultar de utilidad; pero, sin embargo, no presenta un desarrollo claro y coherente y no llega a las conclusiones valiosas que podría haber extraído de un tema tan interesante como éste.

ISABEL PORTELA FILGUEIRAS

BOWERSOCK, G. W.—*Julian the Apostate*. Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1978, XII + 135 pp., 2 láms.

Sobre el Emperador Juliano existe una inmensa bibliografía antigua y moderna. En los últimos años los países de habla inglesa tienen a su disposición dos biografías del Emperador producidas por dos distinguidos profesores, uno de Inglaterra, el otro de los Estados Unidos: la de Robert Browning (*The Emperor Julian*, Londres 1975) y la de Glen Warren Bowersock, objeto de esta reseña. Juliano sigue siendo atractivo, sobre todo para los amantes del género biográfico. La razón de este atractivo quizás está más en la consideración de lo que pudo ser y no fue que en lo que realmente fue. De todas formas, es evidente, que Juliano resulta una figura polémica y —¿por qué no?— apasionante.

El breve, pero denso, libro del profesor Bowersock, del Institute for Advanced Study, Princeton, es una narración fáctica de la vida y actividad de Juliano como César y como Augusto. Escrito con elegancia y claridad, el libro es de agradabilísima lectura que se consume en pocas horas o que se estudia con fruición. Esto ya es un mérito indudable, porque no siempre en nuestros estudios se conjugan ambas cualidades: elegancia y amenidad en el estilo y erudición y acribia científicas, virtudes todas de la brillante obra de Bowersock.

He de advertir, no obstante, que el resultado que emerge de esta biografía es una interpretación histórica de Juliano que, evidentemente, no es nueva: Juliano fue un fanático (se nos dice) a quien nadie hizo el menor caso después de muerto y cuya obra acaba con su propia desaparición: «The fanatic was gone, and there were few to regret him» (p. 119); y poco antes: «The whole transformation which Julian had set in motion stopped abruptly with his death. He tried to reshape the world according to his personal vision and that vision vanished with him» (p. 118). Es en esta valoración final donde yo no puedo estar de acuerdo con Bowersock y no por razón de simpatía o antipatía personal al Emperador. Muchos historiadores, desde el siglo XVIII en adelante, se alinean en esta misma visión de Juliano; pero no todos. Suele ser denominador común a los primeros hacer énfasis en el carácter, en el temperamento de Juliano, atendiendo mucho menos a su importante, positiva (y poco fanática) acción administrativa, militar, legislativa y aun económica dentro del conjunto y del trasfondo general del siglo IV d. C. en el que vivió. El error está, posiblemente, en considerar a Juliano en sí mismo, aisladamente y no dentro de la problemática general de las líneas históricas fundamentales —en las que el mundo religioso es sólo una parte— del siglo IV. Estos aspectos citados suelen quedar marginados o relegados a un segundo plano en la literatura científica sobre Juliano; y es mi plena convicción que no se logrará una nueva y diferente valoración del Juliano «real» hasta que no se consideren como fundamentales y se investiguen exhaustivamente.

Algo se ha hecho, no obstante, en este sentido. Los trabajos de R. Andreotti (*NRSt.* 14, 1930, p. 342 ss.), E. Condurachi (*La politique financière de l'Empereur Julien*, Bucarest 1941) y S. Mazzarino (*Aspetti sociali del IV secolo*, Roma 1951, p. 110 ss.) así lo demuestran. Y puede resultar orientador que B. sólo mencione en su libro el primero de estos trabajos. Se puede poner un ejemplo: África. La actividad edilicia y de reconstrucción —evidenciada principalmente por la epigrafía— permite observar que la acción de Juliano fue renovadora y de largo alcance social y económico. Su estudio ha permitido recientemente a Cl. Lepelley afirmar: «On a souvent dit que la politique municipale de l'«Apostat», comme sa politique religieuse, était irrealiste et fut sans lendemain. La longue prospérité que connurent, sous la dynastie valentinienne, les cites africaines montre que cette politique eut des suites, même si tous les avantages qu'elle accorda aux cités ne furent pas maintenus» (cf. Cl. Lepelley, *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire (I)*, París 1979, p. 101 (y también 98-100), un hecho que yo mismo había constatado y expresado en 1977 en «Algunos problemas de la epigrafía del Emperador Fl. Cl. Juliano», *Actes du VII Congrès Internationale d'Epigraphie Grecque et Latine*, Bucarest-París 1979, pp. 322-326).

Bowersock está más interesado en la historia de los hechos que en la problemática general. Y desde este punto de vista su libro es meticuloso, original y estimulante. Su valoración de las fuentes (un capítulo imprescindible), al intentar acercarse a las verdaderamente contemporáneas del Emperador, es acertada, pero ello mismo le lleva a situar en un mismo plano a historiadores de valor tan diverso como Sócrates, Sozómeno, Teodoreto de Ciro, Rufino de Aquilea o Filostorgio. Los dos primeros merecen capítulo aparte y consideración distinta. Que no todo es «rumour, gossip and invective» en la *HE* de Sócrates, por citar sólo un ejemplo, se demuestra en el objetivo rechazo que hace el historiador de la narración de Calisto sobre la muerte del Emperador (*Soc. HE III 21*).

Hay que reconocer que B. es de los escasos historiadores que han tenido en consideración la numismática de Juliano como fuente histórica para su gobierno. Aun así, no me parece exacta su afirmación de que la numismática de Juliano es «a complex coinage» (p. 10). Ciertamente, no lo es. Al contrario. Es —como ya advirtiera Kent— convencional, unitaria, decepcionante incluso para el historiador, y monótona, añadiría yo (cf. Kent, *NC*, 1959, p. 109 y Arce, *AEspA* 45/47, 1972-4, p. 477). Uno de los grandes problemas que plantean estas monedas es la interpretación del toro de los reversos de los bronceos AE-1 del 363. Sobre ello se han dado diversas interpretaciones (un resumen de las mismas en Arce, *l. c.*, p. 485; todavía Katter-Sibbes y J. Vermaseren en *Apis III EPROER*, 1977, p. 31 ss. siguen pensando en el buey Apis como el representado en las monedas, y lo mismo R. Turcan, *Mithras Platonicus*, *EPROER*, 1975, p. 121, n. 113), mientras que B. presenta una nueva: según él, Efraín Sirio (*CShOr.* 174-5, *Scrp. Syri* 78-9, 1957, *Contra Julianum*, 16-9) «is the only ancient writer to make references to the still unexplained coinage which Julian issued with the representation of a bull and two stars» (p. 10) y parece adherirse a la versión de Efraín que consideraba que era «el toro del paganismo, que estaba grabado en su corazón (y) que lo grabó en esta imagen (de las monedas) para el pueblo que quería ganarse [los judíos]» (traducción de G. Bowersock, *Numen* 28, 1, 1981, p. 91). El toro, en fin, era para Efraín «el becerro de oro», un mensaje directo y claro para los judíos. Sócrates (*HE III 17*) y Sozómeno (*HE V 19*) también mencionan las monedas, y al margen de los problemas que ello pudiera suscitar tengo la impresión de que

la interpretación de Bowersock es quizá la que más se acerca a la verdad, aunque no dista mucho de mi propia interpretación expresada en *AEspA* 45-7, 1972-4, p. 485 ss. (sobre el tema ha vuelto recientemente J. Szidat en «Zur Wirkung und Aufnahme der Münzpropaganda (Iul. Misop. 355 d)», *MHelveticum* 38, 1981, p. 22 ss.). Pero el fenómeno más significativo, a mi entender, y el que más hace reflexionar al historiador de la numismática de Juliano es precisamente la total ausencia de simbología o propaganda pagana, si exceptuamos el toro aludido (cf. Arce, *ibid.*, pp. 488-9 y A. Alföldi, *A Festival*, p. 7).

También constituye un mérito indudable de Bowersock haber investigado en la evidencia epigráfica de la época de Juliano, una fuente histórica normalmente olvidada por sus historiadores. En este punto, a pesar de todo, tengo que expresar mi desacuerdo con B. en su afirmación de que las inscripciones «reflect the religious struggles of Julian's age» (p. 11). Ello es válido en todo caso para dos o tres epígrafes (sobre el significado de *CIL* III 10648, cf. Arce, *VII Congr. Int. Epigr. Gr. et Lat.*, Bucarest-París 1979, pp. 322-326): el resto plantean interesantes y nuevos aspectos de la política administrativa de Juliano: cf. *CIL* VIII 8482; *ILAlg.* 1276; *CIL* III 350; *ILS* 756 (reforma del *cursus publicus*), etc., y en el libro de B. se observan algunas ausencias notables, como ya ha señalado Chastagnol (*Gnomon* 52, 1980, p. 465), tales como la no mención del famoso *Album* de Timgad.

Respecto a problemas concretos, B. se muestra en muchos casos renovador y su trabajo contribuye a presentar un Juliano bien entendido desde su propia personalidad. B., por ejemplo, hace énfasis, con razón, en la plena conciencia y premeditación del pronunciamiento de París en el 360, donde no hubiera estado de más tener en consideración J. Ceska, «De honore Iuliani apud Amm. Marc. 15.9.10 prope sperato», *Charisteria F. Novotny*, Praga 1962, p. 155 s. Estoy igualmente de acuerdo con B. en su opinión sobre la fecha de nacimiento de Juliano (p. 22; contra *PLRE*, p. 477) que fue 331, como ya Baynes (*JHS*, 1925, p. 252), Bidez (*La Vie*, p. 10) y yo mismo había reconfirmado (*AEspA*, 1972-4, p. 487, n. 39). El hecho tiene importancia al margen del diletantismo erudito porque a) desvirtúa la teoría de Gilliard (*JRS*, 1964, p. 135 ss.) sobre la interpretación del toro de los reversos de las monedas del 363 y b) porque clarifica la problemática de *Anth. Pal.* XIV 148 y de los fragmentos de Eunapio referidos a la actitud de Juliano frente a Ctesifonte (sobre esto véase mi artículo «Juliano en Ctesifonte», de próxima aparición).

Plenamente acertada, ingeniosa y convincente es la reconstrucción de B. de la línea 13-4 de la inscripción de Ma'ayan Baruck, FOENICVM COE[TVS] frente a FOENICVM SOC[IVS] dada por Negev (*IEJ*, 1969, p. 170, y seguida, también mal, por *AE*, 1969/70, p. 633 y por mí mismo). Pero no estoy convencido de la cronología que B. le asigna, esto es, abril o mayo del 363 en base a que considera que el *barbarorum extincitor* de l. 6 es una referencia a los persas a los que, en efecto, Libanio denomina βάρβαροι. Los que levantaron la inscripción sabían bien a) que Juliano no había llegado a superar ni vencer a los persas y b) que Persia fue para él un fracaso. El *barbarorum extincitor* es una alusión genérica (un título de victoria) a todas las victorias anteriores de Juliano (la última de ellas frente a los francos actuados en 360: *Jul. Ep.* 26 y *Amm. Marc.* XX 10). La inscripción se fecha con toda seguridad después del 13 de marzo del 362, por el *restaurator curiarum*: *CTh.* X 3, 1; y por *Ep.* 88 (enero del 363), debido al título de *Pontifex Maximus*.

No quiero terminar sin volver un momento a la problemática general enunciada al principio de esta reseña. Para B. la obra de Juliano acabó con él. Esto es bastante discutible y, al menos, requeriría una investigación más amplia. Sin mencionar el juicio autorizado de Johannes Geffcken que decía que «el movimiento al que dio impulso Juliano duró al menos hasta la época de Teodosio» (*Ausgang*, p. 141) y sin tener en cuenta el de E. Stein (*Bas-Empire*, I, p. 169): «sa tentative pour insuffler une vie nouvelle a la religion mourante n'a pas été un échec complet puisque, après sa mort, le paganisme se montra, pendant la durée d'une generation, plus vigoureux qu'il ne l'aurait été sous Constantin et ses fils», sólo hay que echar una mirada a los estudios de A. Alföldi (*Die Kontorniaten*, pp. 62-5, o a su *Festival of Isis*, cf. ahora J. Wytzes, *Der letzte Kampf des Heidentums*, Leiden 1977) para percatarse de que ni todo desapareció con su muerte ni que tal juicio sea exacto completamente. Porque, en definitiva, ¿qué es la obra de Amiano, escrita y declamada públicamente en Roma a fines del siglo IV, sino un ejemplo evidente de que Juliano podría ser considerado un gobernante con suficientes virtudes para ser imitado en un tiempo en el que la intolerancia de la legislación antipagana de Teodosio tenía cada vez más fuerza? Esto por lo que respecta a su política religiosa. Para otros aspectos, como la preocupación por la vida municipal y en general su legislación y reformas económicas, es suficiente recordar la frase de Lepelley y decir que éstos son temas todavía inéditos en la investigación de Juliano.

En fin, la campaña persa de Juliano siempre ha sido un episodio controvertido. El análisis de B. es meticuloso, conciso, iluminante. En la determinación de las causas y razones de la misma, uno puede estar en desacuerdo con él. En mi opinión, toda referencia a Alejandro Magno y a su gran empresa oriental y su relación con la de Juliano es más un producto literario de los historiadores contemporáneos de Juliano que una idea propiamente juliana. Es revelador, en este sentido, el texto de Amm. Marc. XXII 2, 5 que creo que da la clave para la comprensión de la intencionalidad y alcance de la idea de Juliano: *Disposuisse enim aiebat, hiemandi gratia per compendiariam uiam, consummato procinctu, Tarsum Ciliciae reuersurum*; esto es, Juliano en el verano del 363 no se proponía otra cosa que una expedición de castigo contra los persas de corta duración, de 3 ó 4 meses a lo sumo que terminaría con el regreso a los cuarteles de invierno en Tarso ese mismo año.

En 1971 Peter Brown reclamaba un nuevo estudio sobre Juliano que sustituyera al de J. Bidez (*The World of Late Antiquity*, p. 211). El libro de Bowersock contiene excelentes observaciones, interpretaciones nuevas y en el futuro habrá que tenerlo siempre en cuenta entre la estimulante bibliografía de Juliano, y contribuye mucho a que ello se consiga en un futuro inmediato.

JAVIER ARCE

## V. VARIA

*Colloquium Mycenaeum*. Actes du sixième Colloque International sur les Textes Mycéniens et Égéens tenu à Chaumont sur Neuchâtel du 7 au 13 Septembre 1975. Publié par les soins de ERNST RISCH, HUGO MÜHLESTEIN. Neuchâtel, Faculté des Lettres; Gèneve, Librairie Droz, 1979, 432 pp.

Dentro de la exigüidad cada vez mayor de las publicaciones sobre Filología Micénica, destaca favorablemente este volumen, que contiene contribuciones de los más conocidos especialistas sobre temas estrictamente filológicos y lingüísticos.

Unos Anejos iniciales dan cuenta del estado de la preparación de la *editio maior* de las tablillas de Cnosos (informe de J. Chadwick, referente a los problemas económicos que comporta la edición) y de una serie de recomendaciones al Coloquio por parte del Comité de Ideogramas (informe de E. L. Bennet). Luego se imprimen los diferentes «rapports», seguidos de discusión, que están clasificados en las siguientes secciones: «Instrumentos de trabajo», «La vida social y económica: la administración micénica»; «Interpretaciones especiales»; «Problemas lingüísticos»; «Interpretaciones de ideogramas - nuevos textos» y «El desciframiento de escrituras vecinas».

Imposible reseñar uno a uno todos estos trabajos. Cabe señalar que el presente volumen mejora algunos aspectos de los anteriores, al superar posiciones formalistas y ocuparse, al lado de problemas epigráficos y de interpretación de detalle, etc., de otros de contenido.

La sección primera contiene unas reflexiones de J. Chadwick sobre la aducción de paralelos, incluso de épocas muy distantes, para interpretar históricamente las tablillas, y un informe de J.-P. Olivier sobre ediciones e índices. También tiene un carácter muy genérico la sección segunda, en la que F. Bruschweiler y A. Hurst comparan las técnicas de descripción de objetos (muy formularias) de los escribas micénicos y las de sus colegas mesopotámicos, mientras que L. R. Palmer expone con detención sus métodos, que con unas u otras variantes van abriéndose paso, para estudiar la geografía micénica de Creta sobre la base de la contigüidad textual de los topónimos y de su superimposición en un mapa (algunas hipótesis, como la de las rutas de los «colectores», son bastante azarosas, véase la crítica de M. Ruipérez).

La sección relativa a la vida económica contiene aportaciones importantes. Así el trabajo de M. Lindgren, que pone cauciones a la interpretación de las designaciones del personal en las listas, con frecuencia llenas de datos fragmentarios; los dos artículos, bastante diferentes en sus conclusiones, de A. Morpurgo y F. Gschnitzer sobre la continuidad o discontinuidad en diversos sectores de la política y la economía micénica y griega posterior, a juzgar por el léxico; los de A. Leukart y S. Hiller en que proponen que *ka-ko na-wi-jo* es 'bronce para construcciones' (casas, etc.) y no 'para el templo', creo que con razón; los de M. Lejeune y J. Killen sobre el sistema fiscal de las tablillas Ma (¿la distribución de los impuestos se hace por división o multiplicación?) y sobre problemas en las tablillas de textiles, respectivamente; etc.

Dejando las «Interpretaciones especiales» (entre ellas el arriesgado ensayo de E. L. Bennet sobre cómo fue redactada la tablilla Tn 316), señalemos diversas aportaciones de la sección lingüística, en la cual habrían podido incluirse algunas de otros apartados, sobre todo la de P. Hr. Ilievski sobre adjetivos y nombres comunes en los nombres propios micénicos. En estas aportaciones, el tema más traído y llevado es el relativo a las palatalizaciones, que está en el centro de las de A. Heubeck, M. D. Petrushevski y E. Risch. De Morfología se ocupan M. S. Ruipérez y V. Georgiev; y es muy notable el trabajo de F. Bader, primer ensayo de conjunto sobre la Sintaxis micénica.

Sobre interpretación de ideogramas, sólo hay un trabajo de A. Sacconi, lo que representa una atención escasa a este tema.

Finalmente, hallamos en el volumen reseñas, excelentes, sobre los hallazgos de textos cretenses diversos (L. Godart) y chipriotas silábicos (O. Masson), otro «rapport» de P. Meriggi que se refiere a textos muy diversos de Creta y Chipre, dos ensayos sobre el disco de Festo y su lengua (Y. Duhoux, V. Georgiev), otros dos sobre el chipro-minoico (E. Masson sobre el I, sin conclusiones sobre la lengua; J. C. Billigmeier, sobre el II, que cree sería una lengua próxima al hetita).

Unos útiles índices cierran el volumen, por el que hemos de dar gracias a los autores y a los organizadores del Coloquio y editores del mismo.

FRANCISCO R. ADRADOS

*Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 17-19 junio 1976). Editadas por ANTONIO TOVAR, MANFRED FAUST, FRANZ FISCHER y MICHAEL KOCH. Salamanca, Universidad, 1979, 516 pp.

Las *Actas* de este Coloquio constituyen una valiosa aportación al conocimiento de las lenguas y culturas prerromanas de Hispania, difícil de resumir aquí.

Al ibérico y la escritura ibérica (cualquiera sea la lengua que recubre) está dedicada una serie de estudios. Unos se refieren a la edición de nuevas inscripciones (de Ampurias, por A. E. Prescott; del S. O. de Portugal, por L. Coelho). Otros a problemas fonéticos (S. Mariner, que propone ciertas evoluciones fonéticas dentro del ibérico) o gráficos y fonéticos (J. de Hoz, que cree que el «semialfabeto» del E. es una adaptación del meridional y propone nuevas identificaciones de dos signos). Hay trabajos que se refieren directamente a la lengua ibérica. Concretamente, el de A. Tovar, relativo a inscripciones monetales, con insistencia en ciertas coincidencias con el vasco (iber. *ś-a-l-i-r* 'plata', vasc. *zilhar*, es de origen asirio; ciertos étnicos; etc.); una exposición muy exacta de L. Michelena sobre nuestro conocimiento actual del ibérico; y un estudio modélico de J. Untermann en relación con los nombres propios compuestos, de los que deduce tentativamente una serie de nombres comunes (generalmente disilábicos) y de hechos fonéticos.

Otros estudios versan sobre el celta y el celtibérico. Una visión general, muy detallada por cierto, del problema del celtibérico y su relación con el celta en general, es la de K. H. Schmidt, que señala las coincidencias entre celta y celtibérico y las (pocas) innovaciones de esta lengua, más algunas evoluciones de diversas lenguas celtas a partir de estados arcaicos conservados por ella. Otras contribuciones se refieren a temas más reducidos: así la nueva y muy personal interpretación de L. Fleuriot del bronce de Botorrita (noto que no conoce la mía, publicada en las *Actas* del I Coloquio) y la de H. Schwertek de la gran inscripción de Peñalba de Villastar. D. E. Evans duda (con razón) de la celticidad de ciertos nombres propios de Hispania y M.<sup>a</sup> L. Albertos da una útil lista de nombres propios de Celtiberia (algunos de los cuales pueden no ser, pienso, de origen céltico).

El resto se refiere a Historia y Arqueología. De un lado están las exposiciones un tanto escépticas de W. Schüle (quien ve en las culturas de las Mesetas y el N. O. el eco de elementos culturales mediterráneos llegados en el segundo milenio a. C. en relación con la búsqueda de metales) y de Ph. Kalb (quien duda de la relación del «bronce atlántico» y los celtas). De otro, las más tradicionales, arqueo-

lógicas o históricas: la de M. Koch, que aun dudando del detalle de las teorías tradicionales sobre la migración céltica, distingue entre una *Keltiké* homogénea y grupos de población que se destacan de ella; y la de J. M.<sup>a</sup> Blázquez, que expone con detalle estas difusiones secundarias en Levante y Turdetania.

Otros de estos trabajos tienen carácter más monográfico. Muy interesante es el de F. Jordá sobre Tartesos (que coloca en el comienzo del segundo milenio, en el contexto de la cultura del Argar, siendo el Tartesos de los clásicos una proyección secundaria, sobre la base de culturas epigonales de aquélla) y el de P. Harbison, que habla de las posibles migraciones célticas a Irlanda desde Galicia, cuya base es solamente de fuentes literarias. De algunos otros temas especiales se ocupan otros autores: G. Gamer de los altares hispano-romanos de tradición indígena, M. J. Oroz del sistema metrológico de ciertas vasijas, M. Faust de las *gentilitates*, H. Galsterer de la romanización, R. C. Knapp de las monedas.

En suma, un volumen indispensable para los interesados en los problemas históricos, arqueológicos y lingüísticos de la Hispania prerromana.

FRANCISCO R. ADRADOS

*Christianisme et formes littéraires de l'Antiquité tardive en Occident. Entretiens sur l'Antiquité Classique*, t. XXIII. Ginebra, Fondation Hardt, 1977, 500 pp.

Este nuevo tomo de la Fondation Hardt nos confirma el renovado interés que despierta, desde el punto de vista literario, la Antigüedad tardía, y especialmente el siglo IV.

Contiene ocho artículos, seguidos de los correspondientes coloquios: A. Cameron, «Paganism and literature in Late Fourth Century Rome», pp. 1-30; M. Fuhrmann, «Die Mönchsgeschichten des Hieronymus. Formexperimente in erzählender Literatur», pp. 41-90; P. L. Schmidt, «Zur Typologie und Literarisierung des frühchristlichen lateinischen Dialogs», pp. 101-180; P. G. van der Nat, «Zu den Voraussetzungen der christlichen lateinischen Literatur: Die Zeugnisse von Minucius Felix und Laktanz», pp. 191-226; Y. M. Duval, «Formes profanes et formes bibliques dans les oraisons funèbres de St. Ambroise», pp. 235-292; W. Ludwig, «Die christliche Dichtung des Prudentius und die Transformation der klassischen Gattungen», pp. 303-364; R. Herzog, «Probleme der heidnisch-christlichen Gattungskontinuität am Beispiel des Paulinus von Nola», pp. 373-412; J. Fontaine, «Unité et diversité du mélange des genres et des tons chez quelques écrivains de la fin du IV<sup>e</sup> siècle», pp. 425-472.

Como se ve, a excepción del primero dedicado al aspecto pagano, el resto se corresponde con las formas literarias adoptadas por los cristianos, y es lógico que el centro de interés sea el siglo IV, porque ése es el siglo de esplendor de la literatura latino-cristiana.

Es interesante el planteamiento de Cameron, que pretende disminuir la importancia del renacimiento literario pagano de fines del siglo IV, y disminuye su especial vinculación con el círculo de Símaco. Para ello parte de dos puntos: analizar las relaciones de los principales representantes de la cultura literaria del momento con Símaco, y examinar la labor realizada por los paganos desde el punto de vista editorial, traductor e historiográfico. Llega a conclusiones negativas

en los dos terrenos; en el segundo de ellos, la datación más tardía de Macrobio y Servio constituye uno de los apoyos más fuertes a sus conclusiones. Quizá se advierte en el conjunto una excesiva tendencia a llegar a tales conclusiones, lo que le lleva a otorgar mayor o menor valor a los argumentos según apoyen sus tesis o no. Es evidente, desde ese ángulo, la inclinación a identificar filosofía con literatura, la preocupación por identificar también pagano con anticristiano, como sucede con las observaciones hechas en torno a Amiano, y sobre todo el propósito de minimizar el alcance de la crisis literaria del siglo III.

Sobre géneros concretos tenemos los artículos de Fuhrmann, Schmidt y Duval, aunque los presupuestos de los que cada uno parte son distintos. Fuhrmann analiza el desarrollo interno de las obras y su relación con la literatura pagana del momento; esto le permite deducir una evolución en las obras hagiográficas de Jerónimo, en sus intentos por adaptar a nuevas necesidades los modelos tradicionales, partiendo siempre de una base bíblica. Schmidt acepta como punto de partida la tipologización del diálogo, la inclusión de los distintos diálogos en distintos apartados, definidos según su función, para pasar después a aislar los rasgos estéticos comunes a cada una de las funciones. En cuanto a Duval, centrándose sobre el género de la *consolatio*, trata de ver sus relaciones con el género clásico y con las normas que ofrece el *rhetor* Menandro (s. III), siempre pasado por el tamiz de la influencia bíblica que imprime rasgos de originalidad al género en Ambrosio. Destaca la importancia de la ocasión litúrgica, que da pie a la pronunciación de los discursos fúnebres, y éste es uno de los rasgos más interesantes del artículo, tal vez el fundamental. Sin embargo, aunque hace constantes alusiones a ello, no destaca en la medida que merece la influencia de las circunstancias políticas.

Sobre la transformación y continuidad de los géneros clásicos versan los trabajos de Ludwig y Herzog. El primero no trabaja tanto sobre el análisis interno de los géneros como sobre la concepción global de la obra poética de Prudencio, donde cada una de las obras en concreto tiene un significado; constituye el centro intencional la *Psychomachia*; las obras que la preceden y la siguen lo hacen en función de determinadas características formales y de contenido, siempre en progreso desde el principio hasta el fin; en algunos aspectos es excesivamente mecanicista en la aplicación del método, resulta un tanto sutil en la aportación de explicaciones a la ordenación por él propuesta, sobre todo en lo que se refiere a la *Psychomachia*, y en la sucesión de los poemas dentro del *Peristephanon*. Distinto es el camino seguido por Herzog que, partiendo de un nivel más teórico-literario, analiza distintas muestras de la producción de Paulino de Nola, en las que cree ver distintas posibilidades del proceso de adaptación de la literatura cristiana a sus fines específicos: *Carmina* 25, 17, 26, son los pasos recorridos en su estudio como muestra de lo que él denomina: sustitución, contraste; mezcla, cristianización; y retorización, secularización, respectivamente. La propia naturaleza del análisis hace que los aspectos específicamente formales reciban menor tratamiento que los propiamente temáticos, dando a temático un valor muy amplio.

El artículo de Van der Nat guarda cierto parentesco con el de Fontaine. Van der Nat parte de los explícitos artísticos manejados por los autores latinos, Fontaine trata de abstraerlos de la praxis de distintos escritores. El análisis de varios pasajes (cap. 14 de Minucio Félix, y distintos pasajes de Lactancio: 1, 11 ss. y 2, 10 fundamentalmente) sirve para fundamentar, en el terreno de la prosa y de

la poesía, dos actitudes paralelas: defensa de la retorización o literaturización de los hechos, y advertencia a los lectores de la necesidad de distinguir entre tema raíz y color *poeticus*.

Por lo que respecta a Fontaine, el hilo guía de su trabajo es la unidad estética en la Antigüedad tardía, el rechazo de dualismos «cristianos» y «profanos», la búsqueda de los elementos que la distinguan como época y la caractericen literariamente. Definida como «época helenística por excelencia», uno de los factores que Fontaine pone a contribución en los análisis es el «tono» unido al género. Entiende por tono «el color afectivo dado a un género determinado». Sobre estos supuestos basa el análisis de textos paralelos de Ausonio, Ambrosio y Amiano. Es evidente la unidad de «mentalidad estética» en todos estos autores; las aproximaciones son llevadas con extraordinaria sutileza y, en conjunto, su artículo puede considerarse como rotundo colofón a las posturas expresadas por los autores precedentes.

C. CODOÑER

LAVAGNINI, BRUNO. — *Atakta. Scritti Minori di Filologia Classica, Bizantina e Neogreca*. Palermo, Palumbo, 1978, LXI + 796 pp.

El libro, en el que subrayamos el término *escritos menores*, se abre con un esquema autobiográfico (VII-XII), desarrollado después (XIII-XV), y al que sigue la lista de publicaciones por orden cronológico, en la que se pueden contabilizar 499. Es la clásica obra en la que se recogen temas de variopinta forma (se trata de una publicación en *offset*, sistema por el que se reproduce la tipografía original de los artículos publicados en las más diferentes revistas), temática diversa y cronología dispar.

En el apartado I, *Filología Griega*, aparecen también trabajos de Latín, incluso de Arqueología. Destacaremos el ensayo sobre el desarrollo de la historiografía griega (pp. 133-197), publicado en 1926, y las notas sobre el nuevo fragmento de los *Yambos* de Hípnacte (pp. 225-237), publicado en 1929.

En el apartado II, *Filología Bizantina y Neogriega*, puede ser interesante la consulta de los diversos artículos sobre los poetas griegos modernos.

Artículos en muchos casos muy breves y en ocasiones de valor mediocre, escritos menores, pero que ofrecen la ventaja de haber sido reunidos en un solo volumen, que atestiguan la profunda dedicación de Lavagnini a la Filología a lo largo de toda su vida. En este sentido nuestra más respetuosa admiración.

G. MOROCHIO